

vía hoy al mariscal Niel como un mártir de la defensa del país, cuyos mejores planes se estrellaron contra la ignorancia de la cámara y la terquedad de los republicanos. Nosotros, sin embargo, hemos visto que sus discursos con sus descripciones exageradas del poder armado y de la excelencia de la organización militar de la Francia, sirvieron de armas para hacerle la oposición precisamente en los puntos en que tenía razón. La única creación nueva de la ley del 1.º de febrero de 1868, que en todo lo demás no hizo más que empeorar la ley de 1832, es decir, la creación de la guardia móvil, se reveló ya en el papel como un aborto ridículo. El presupuesto de gastos de esta creación excitó desde el primer momento dudas, pues en 3 de julio, en el discurso ya mencionado, dijo Thiers: «¿Es verdad ó no que según el sistema del ministro de la Guerra debe ser organizada la guardia móvil, gradual, pero completamente? ¿Es verdad ó no que ella forma parte esencial del armamento de la Francia? Yo no participo de este modo de ver y no ceso de repetirlo. En muchos puntos estoy de acuerdo con el ministro, pero no en esto de la guardia móvil. Sin embargo, ¿qué le hemos de hacer si ella forma parte de su sistema! Por vía de comienzo se ha introducido en el presupuesto una pequeña suma para los gastos de la primera instalación, según el ministro de la Guerra. Se han destinado cinco millones para esto, y es indisputable que en adelante ha de costar por lo menos veinticinco millones, y no he hablado con militar alguno que haya puesto esto en duda.» Al llegar á este punto interrumpió el mariscal Niel al orador, diciendo: «En tiempo de paz importará el gasto de doce á catorce millones.» Thiers sostuvo que ningún militar sincero podría arreglarse con tan reducidos medios, y los sucesos posteriores le dieron la razón. Con los cinco millones que concedió la cámara en lugar de los catorce que el ministro había pedido, no había para satisfacer ni las primeras necesidades del planteamiento de la institución, y cuando el sucesor de Niel, el mariscal Leboeuf (1), hubo estudiado la cuestión de la guardia móvil, se convenció de que no bastaban ni catorce ni veinticinco millones, sino que se necesitaban de treinta y cinco á cuarenta. La cámara, sin embargo, no concedió esta vez más que dos millones, que era lo mismo que no conceder nada, y aun creyó luego que era demasiado.

En 23 de marzo de 1870 el conde de Keratry leyó en el cuerpo legislativo las siguientes frases del informe de la comisión de iniciativa: «Puede eximirse la guardia móvil en tiempo de paz de los ejercicios y reuniones sin gran escrupulo,» á lo cual el orador añadió que admitiendo esto podían ahorrarse los gastos de asamblea, porque fuera de tiempo de paz ya no podía hacer ejercicios y entonces serían inútiles. En su consecuencia pidió la abolición completa de la guardia móvil, y el mariscal Leboeuf convino en que la existencia de la guardia móvil estaba en contradicción con el artículo 9.º de la ley, pues teniendo que regresar los guardias el mismo día de la reunión á sus hogares, era imposible toda instrucción formal, de suerte que semejante guardia móvil únicamente podía existir en el papel. Con esta declaración quedó el asunto así hasta que estalló la guerra.

CAPITULO III

LA CONSPIRACION CONTRA LA PRUSIA

No tenemos todavía documentos relativos á los trabajos de zapa que hizo Napoleón III para prepararse á su guerra de desquite contra la Prusia. Solo tenemos datos fragmenta-

(1) Fué ministro de la Guerra desde el 22 de agosto de 1869.

rios sobre los sucesos y los citaremos á medida que las circunstancias lo exijan; por lo cual procederemos en esta parte de un modo diferente que en las anteriores.

En la sesión del cuerpo legislativo celebrada en 15 de julio de 1870, se nombró una comisión que se entendió confidencialmente con los ministros. A la pregunta más importante que esta comisión hizo al duque de Gramont, para saber si tenía alianzas, contestó éste: «Si he hecho aguardar á la comisión ha sido porque tenía cerca de mí en el ministerio de Negocios extranjeros al embajador de Austria y al ministro representante de Italia; espero que la comisión no me preguntará más.» Ninguna de las dos potencias con cuyos representantes el ministro francés tuvo entrevistas tan graves, prestó auxilio al emperador durante la guerra. Napoleón sucumbió sin que ninguna potencia hubiese hecho el menor movimiento para acudir á su auxilio, y por esto la comisión de información nombrada por la asamblea nacional de Versalles preguntó al duque de Gramont si el emperador había tenido aliados; y en la sesión de esta comisión, en 4 de enero de 1872, el barón de Vinoy dirigió al duque de Gramont la pregunta de si no se había levantado una sola voz en el consejo del emperador para preguntar si el gobierno tenía fuerzas suficientes para arriesgarse en semejante empresa (2). Creía Vinoy ser el intérprete de la comisión y de todo el país al decir que esta guerra se había comenzado con una ligereza sin igual en la historia. Al duque solo podía reconvenirse por haber creído demasiado firmemente en la victoria de las armas francesas; pero esta creencia antes de la guerra era general en Francia, y el que no hubiese participado de ella habría corrido peligro de morir apedreado. Respecto de esto dijo el duque de Gramont: «Durante veinte años he estado convencido, no solamente de la fuerza militar de la Francia, sino también de su fuerza moral y de su superioridad científica. Al fin y al cabo era yo francés hasta los tuétanos, y en todas las cortes donde he representado á la Francia se participaba de esta confianza en mi país. La convicción de la superioridad de la fuerza armada de la Francia era muy grande en Europa.»

Contestando al cargo que le tocaba personalmente en la información, es decir, el relativo á la gerencia del ministerio de Negocios extranjeros y á los preparativos diplomáticos para la guerra, contestó: «Se me ha echado en cara que hemos emprendido la guerra sin alianzas, y me apresuro á decir que no merecemos este cargo. ¿Habíamos de tener alianzas defensivas y ofensivas con ciertas potencias para una guerra que no se preveía, pues nos sorprendió en medio de las circunstancias más pacíficas en que la Europa se había hallado desde muchos años? Espero que la comisión comprenderá que mi conciencia me impide satisfacer su justa curiosidad; pero desde luego es evidente que no se reta á una potencia como la Prusia sin procurar todos los medios de aumentar las fuerzas militares propias; y hasta puedo decir que los que quieren investigar los documentos políticos hasta ahora conocidos, y los examinen con la exactitud, imparcialidad y aptitud necesarias, encontrarán indudablemente rastros de ciertos hechos sobre los cuales creo que no debo explicarme. No me oculto que el silencio que ahora me impongo da grandes ventajas á nuestros adversarios políticos. Es una prueba dolorosa para mí, pero tratándose de mí deber jamás he regateado su cumplimiento y por cierto tampoco lo haré ahora, cuando se trata no solamente de cosas pasadas, sino del porvenir de mi país. Al fin el tiempo rasgará por sí mismo dentro de poco los velos á los cuales yo

(2) Información parlamentaria sobre los actos del gobierno de la defensa nacional, tomo I, declaración de los testigos, París, 1873, pág. 112.

no debo tocar hoy. Hasta entonces me consuelo con pasar por tonto, pero quiero continuar ante mi país, ante la Europa y ante mí mismo como hombre honrado; porque conviene que sepa el extranjero que todavía puede tratarse con la Francia con toda confianza y alguna seguridad. Dicho esto, presento á la comisión una consideración práctica. Cualquiera alianza que pueda tener un país, y cualesquiera que sean las promesas y seguridades mutuas de los gobiernos y de los monarcas, todo se hunde y se pierde en infortunios que se parecen á los nuestros después de sucesos semejantes á los del 4 de setiembre.»

Con esto quiso decir Gramont que la diplomacia del emperador no se había comprometido tan ciegameamente en la guerra como generalmente se creía; que hizo lo que debió hacer y lo hizo con éxito, porque tuvo alianzas; solo que los golpes alemanes cayeron tan rápidos y tan espesos que el imperio estuvo hecho añicos antes de que sus aliados hubiesen tenido tiempo de acudir al lugar del combate. Lo que falta saber es si esto era verdad, porque en los tiempos modernos difícilmente ha habido hombre de Estado al cual puedan probarse tantas declaraciones falsas hechas á sabiendas como á este duque de Gramont. Entonces no se habían publicado documentos en que pudiese apoyarse sus declaraciones; pero más pronto de lo que se creía á la sazón, se vió el duque en el caso de hablar más claro.

En el primer tomo de la información parlamentaria citada publicado á principios de 1873, se hizo pública una expresión de Adolfo Thiers que éste, siendo Presidente de la república, dijo en 17 de setiembre de 1871 delante de la comisión. Al hacer el viaje por las cortes de Europa, emprendido á mediados de setiembre de 1870, había hablado en Viena con los condes Beust y Andrassy y estos le dijeron lo que habían hecho para quitar al duque de Gramont toda ilusión sobre la posibilidad de una alianza entre Francia y Austria. Esta noticia, divulgada por los periódicos, dió lugar á una correspondencia entre el duque de Gramont y el conde de Beust, á la sazón en Londres; y en 8 de enero de 1873, un día antes del fallecimiento de Napoleón III en Chislehurst (1), publicó el duque de Gramont un largo escrito de revelación dirigido al conde de Beust, el cual por primera vez arrojó vivísima luz sobre la historia preliminar de la guerra. En el citado escrito sostuvo el duque de Gramont que, siendo embajador en Viena, jamás le había dicho el conde de Beust que el gabinete imperial debiera abandonar toda ilusión sobre la posibilidad de una alianza de guerra con el Austria; que frecuentemente se había hablado entre ellos de una guerra acaso inevitable, y cuando de esto se había tratado en sentido muy general, había dicho el conde de Beust que en caso de hacerse necesaria la guerra, sería de desear que la causa de la lucha no fuese alemana; que fuese, por ejemplo, producida por una cuestión oriental, por manera que el Austria conservara entera libertad de decidir la parte que había de tomar en el asunto. En el mismo escrito hizo el duque de Gramont citas literales de un despacho que el conde de Beust dirigió al príncipe de Metternich el 20 de julio de 1870, es decir, al día siguiente de haber entregado la Francia su declaración de guerra en Berlín, y que el príncipe de Metternich entregó el 24 de julio en París.

La primera de estas citas dice: «El conde de Vitzthum ha comunicado á nuestro augusto soberano el mensaje verbal que el emperador Napoleón se ha dignado confiarle. Estas palabras imperiales y las declaraciones que el duque de Gra-

mont ha tenido la amabilidad de añadir, han disipado toda posibilidad de la mala inteligencia que podría haber originado el imprevisto estallido de esa guerra repentina. Sírvase usted, pues, repetir á S. M. y á sus ministros que nosotros, fieles á nuestras obligaciones, contraídas en el año pasado por ambos soberanos, como consta en sus cartas respectivas, miramos la causa de la Francia como nuestra y que al buen éxito de sus armas contribuiremos dentro de los límites de lo posible.» Si esto estaba literalmente escrito así en el despacho del conde de Beust, no cabía duda de que el emperador de Austria estaba obligado desde el año 1869 por una carta de su puño y letra á prestar auxilio armado al emperador de los franceses contra la Prusia, y desde el 20 de julio de 1870, cuando el conde de Vitzthum había disipado toda la mala inteligencia sobre este punto, había quedado esta obligación tan claramente reconocida por el canciller de la monarquía austro-húngara que había llegado el caso de cumplirla, salvo la reserva tocante al tiempo; porque en otra parte del mismo despacho se decía: «Estas circunstancias y la justa apreciación de nuestros intereses comunes nos imponen la necesidad absoluta de mantener la neutralidad, palabra que pronuncio con sentimiento; pero esta neutralidad no es más que un medio para llegar al verdadero objeto de nuestra política; el único medio para concluir nuestros armamentos sin exponernos á un ataque súbito de parte de la Prusia ó de Rusia antes de hallarnos en situación de rechazarlo.» A este pasaje del despacho del conde de Beust añadió el duque de Gramont que por la noche del 24 de julio el príncipe de Metternich le había manifestado por escrito que en el estado en que la guerra había sorprendido al Austria, esta potencia no podía tomar parte en la guerra antes de principios de setiembre.

El duque acaba en el citado impreso su revelación en estos términos: «Por fin quiero recordarle lo que sucedió cuando el conde de Vitzthum volvió á París y me fijó, en unión con el embajador de Austria, las bases y hasta los artículos del convenio. Este convenio decía expresamente que la neutralidad armada de las potencias firmantes (2) estaba destinada á transformarse en cooperación armada con Francia contra la Prusia. He de recordar á usted que fueron los representantes del Austria, sus encargados y apoderados de usted, quienes propusieron el modo de transformar la mediación armada en cooperación armada, y que este modo consistía en pedir á la Prusia en forma de *ultimatum* que no emprendiese nada contra el *statu quo* fijado en la paz de Praga. Con razón decían entonces los agentes austriacos que podía contarse seguramente con una contestación negativa de parte de la Prusia y que esta negativa sería la señal de abrir las hostilidades convenidas.»

A este escrito del 8 de enero de 1873, en el cual se justificaba el duque de Gramont, no contestó nada el conde de Beust, ni trató con una sola línea de debilitar la gravedad de esta revelación, que por lo demás tampoco fué contradicha por otra parte alguna. Tocante al silencio del conde de Beust podía admitirse que fuese impuesto por consideraciones de la política que tenía á su cargo como embajador; pero como estas consideraciones no le ligaron cuando escribió sus memorias, destinadas á la posteridad, copió en el segundo tomo de estas memorias (3) toda la carta del duque de Gramont y tras ella llenó ocho páginas de impresión con mucha palabrería pero sin decir ni una palabra de lo principal. No niega que había escrito en 20 de julio exactamente como dice Gramont en su carta; no niega que el príncipe de Metter-

(1) Murió á consecuencia de una operación á la cual se sometió con un objeto político. Sobre este objeto pueden consultarse las memorias de Oscar Meding para la historia contemporánea, tomo III, pág. 258.

(2) Que eran el Austria y la Italia; de esta última hablaremos luego.

(3) «De tres cuartos de siglo,» págs. 371 hasta 377.

nich y el conde de Vitzthum procedieron exactamente como refiere Gramont; ni dice tampoco que Gramont haya omitido ó añadido algo para tergiversar el sentido de lo escrito por él; de suerte que viene á reconocer la veracidad de todos los hechos que Gramont cita y que de consiguiente han de mirarse desde entonces como otros tantos hechos auténticos. Existía, pues, de hecho desde 1869 entre el emperador de los franceses y el de Austria una alianza dirigida contra la Prusia, alianza reconocida por el Austria con todas sus obligaciones por la carta del 20 de julio de 1870. No importa que este tratado estuviese hecho en toda forma ó que solo existiese en una correspondencia entre los dos monarcas, ya que por parte del Austria se declaró sin reserva que la alianza existía y que la obligación de cumplirla había llegado. La forma solo importa cuando una de las partes niega que haya llegado el momento del cumplimiento; y por lo demás esta forma de alianza por cartas de los soberanos aliados es internacionalmente legítima y se adopta cuando lo exige el secreto. En efecto, por cartas se hizo en julio de 1806 la alianza entre el rey Federico Guillermo III y el emperador Alejandro de Rusia contra Napoleón I, á espaldas del ministro de Prusia, Haugwitz, habiendo seguido las negociaciones un ministro anterior, el barón de Hardenberg, con tanto secreto que durante setenta años nadie supo una palabra de tal alianza, hasta que la descubrió el canciller Hardenberg en sus memorias, publicadas en el año 1877. En el caso presente fué menester elegir la misma forma de correspondencia para conservar secreto el asunto, pues los dos monarcas tenían parlamentos en los cuales se les podían hacer preguntas peligrosas y entonces convenía también que el ministro no supiese nada del negocio para poder desmentirlo con toda confianza y seguridad.

Todavía no se han publicado las cartas á que aludimos aquí y por esto no sabemos sus fechas ni el día de la entrega; pero nos consta el mes en que fueron cambiadas, porque una carta enteramente análoga á la que escribió el emperador Francisco José al emperador Napoleón, escribió á este mismo también el rey Víctor Manuel, y éste también reconoció como ineludible la obligación contraída en ella desde el momento en que se efectuase la ruptura abierta con la Prusia. El príncipe Jerónimo Napoleón fué quien en el año 1878 (1) hizo la primera revelación de las negociaciones secretas del emperador Napoleón con el rey de Italia; y á estas revelaciones se han agregado recientemente datos muy valiosos publicados en las memorias del ministro italiano Quintín Sella (2). De las memorias del ministro italiano resulta que el rey Víctor Manuel hizo, como Napoleón, política personal á espaldas de sus ministros, sin dar conocimiento de ella y hasta contra la política de sus consejeros responsables. En su gabinete se recibían noticias de todas las partes de Europa que le enviaban sus hombres de confianza, siempre sutiles, y de su despacho salían en cambio cartas y encargos secretos para otros monarcas y para sus agentes particulares. Comunicaciones de esta clase entre Napoleón y Víctor Manuel en 1868 condujeron entre ambos gobiernos, en junio de 1869, á negociaciones formales de alianza respecto de Roma, sobre cuya correspondencia particular y preliminar dice el príncipe Napoleón: «Difícil es decir con certeza en qué día y en qué términos fueron dados los primeros pasos por parte de Italia. Al principio solo fueron conversaciones accidentales y expresiones en cartas confidenciales que trataban de multitud de cosas. El emperador Napoleón y el rey

(1) *Revista de Ambos Mundos*, t.º de abril, 1878, páginas 489 hasta 500.

(2) *Quintín Sella*, por Alejandro Guiccioli, Rovigo, 1887, I, 241.

de Italia se comunicaron mutuamente sus opiniones y modos de ver sobre un tratado defensivo que podría trocarse en tratado ofensivo. Estas negociaciones, empezadas en 1868, continuaron hasta junio del año siguiente. Al principio se sirvieron los dos monarcas de agentes semi-oficiales, siendo el principal consejero en París el ministro Rouher, al cual ayudó con frecuencia y confidencialmente el marqués de Lavalette. Cuando las negociaciones estaban ya muy adelantadas tomó parte en ellas el general Menabrea, presidente del ministerio italiano. De todo estaba enterado Beust, el ministro principal de Austria, al cual tuvo al corriente el príncipe de Metternich, no precisamente como embajador de Austria, sino como amigo de casa de las Tullerías; y con mucha frecuencia, por no decir diariamente y siempre, fuí yo el custodio de las confidencias entre la Francia, la Italia y el agente de ésta.»

En junio de 1869 creyó el rey de Italia suficientemente adelantado su acuerdo con el emperador para poder presentar á su consejo de ministros la cuestión de una alianza en toda regla, con gran sorpresa del ministerio, del cual solo Menabrea tenía noticia del asunto. Los ministros así sorprendidos quedaron consternados al saber que el rey proponía que la Italia hiciese traición á la Prusia, su aliada de 1866, y ayudara á llevar al extremo la preponderancia francesa. Mas el rey y los ministros, excepto Sella, estaban persuadidos de que aun sin la cooperación de Italia quedaria vencedora la Francia; y para salir del compromiso sacando por lo menos una ventaja, convinieron en contestar que la Italia se hallaba dispuesta á entrar en una alianza defensiva, que pudiese transformarse fácilmente en ofensiva, bajo dos condiciones. La primera era que el emperador retirara sus tropas de Roma y reconociera respecto de esta ciudad el principio de no intervención, y la segunda que la tal alianza no tuviera por objeto deshacer las consecuencias de la guerra de 1866 ni la unidad de la nación alemana. Esta última condición era solo una frase vacía con la cual aquellos ministros trataron de acallar su conciencia, ya que una guerra contra la Prusia no podía tener mas objeto que la destrucción de su obra de 1866 con sus consecuencias. La condición pedida por los italianos respecto de Roma significaba para el emperador la solemne retractación de lo que había dicho Rouher el 5 de diciembre de 1867: «Jamás irá la Italia á Roma, jamás, jamás.» Se trataba, pues, de una triple alianza entre Francia, Austria é Italia, y la condición puesta por esta última tocante á Roma encontró el mas vivo apoyo en el ministro Beust. Finalmente convinieron los interesados en un proyecto de tratado defensivo que podía ser cambiado en ofensivo con facilidad, é Italia, apoyada por el Austria, puso la condición de que tocante á Roma se volviera al convenio del 15 de setiembre de 1864, segun el cual la ciudad eterna seria evacuada para siempre por los franceses y la Italia pondría en ella guarnición. Pero el emperador Napoleón no quiso acceder á nada de esto, y el marqués de Lavalette dijo en su nombre que nada quería saber de esta cuestión ni por la simple forma ni por el fondo, y que debían suspenderse las negociaciones con la reserva de volverlas á emprender en tiempo mas oportuno. En esta contestación correspondía á la emperatriz Eugenia la parte principal como cabeza del partido clerical, y así lo dijo claramente al rey de Italia algunos meses despues cuando se encontraron en Venecia.

Con el objeto de reservarse la posibilidad de realizar en otras circunstancias el anhelado tratado de alianza, se escribieron los dos emperadores, y cada emperador escribió al rey de Italia, «cuyas cartas, dice el príncipe Napoleón, son testimonios de amistad y de buena voluntad de los citados soberanos y fueron comunicadas á diferentes personas que las

leyeron, diciendo que las negociaciones no habían dado resultado á causa de la cuestión de Roma. Estas cartas son importantes porque en ellas se prometieron los soberanos citados en un caso dado su apoyo recíproco, sin precisar formalmente el carácter y naturaleza de este apoyo.»

Resulta, pues, que en junio de 1869, cuando se habían roto las negociaciones formales del convenio, los tres soberanos se escribieron cartas en las cuales se prometieron mutuamente el auxilio armado, en términos que en julio de 1870 se creyeron obligados á darlo tanto el emperador de Austria, segun ya hemos visto, como el rey de Italia, segun veremos luego. Fué, pues, una conjuración de los tres soberanos contra la Prusia y la confederación de la Alemania del Norte, cuya conspiración podía ser transformada en tratado formal ofensivo en el momento en que el emperador de los franceses consintiera en dejar á Roma para los italianos.

Se vé, pues, cuán errada andaba la opinión pública en Alemania cuando creyó en 1869 en la duración de la paz del mundo; pues así lo prueba la proposición que el diputado Virchow y cuarenta y dos colegas suyos presentaron en 20 de octubre de 1869 en la cámara de diputados de Prusia. Esta proposición decía así: «Considerando que es indispensable una reducción de los gastos de la confederación del Norte de Alemania; considerando que en los crecidos gastos de la confederación influye principalmente el presupuesto de guerra; considerando que la conservación del Estado en pié de guerra reconoce por causa en casi todos los Estados de Europa no la envidia y los celos mútuos de los pueblos sino solo la conducta de los gabinetes, pedimos al gobierno que haga lo posible por limitar los gastos de la administración militar de la confederación de la Alemania del Norte y que trate por medio de negociaciones diplomáticas de promover un desarme general.» Para motivar la proposición dijo el ponente en la sesión del 5 de noviembre que raras veces se había visto un tiempo en el cual los diferentes Estados hubiesen tenido tan poco motivo para estar en completo pié de guerra. Había habido un tiempo en que había parecido creíble que algunos de estos gobiernos tuviesen deseo de hacer la guerra en otros países á fin de desviar á su propio pueblo de sus trabajos interiores para alcanzar su libertad é independencia; tiempos en que se amenazaba con el peligro de una guerra, diciendo que este ó el otro gobierno tenía que hacerla para sostenerse; pero en este punto se había operado un gran cambio, y habían fracasado miserablemente tentativas como las hechas repetidamente en Francia y en Austria para excitar por medio de la prensa á la nación entera, haciéndola dirigir la vista á otro país y promover el odio contra otro pueblo vecino, á fin de dar así un pretexto al gobierno para la provocación hostil. Sería vano querer señalar un hecho que probara que tales excitaciones pudiesen producir todavía hoy efecto. El orador negó decididamente que en la nación francesa ni en los pueblos del Austria existiese la posibilidad de distraer á estos pueblos de sus trabajos interiores señalándoles relaciones extranjeras.

Si pudiese sacarse una consecuencia del estado de ánimo de los pueblos cuando ignoran las intenciones de los gabinetes, no habría nada que temer por la paz; pero esta consecuencia es cuando menos muy incierta, y mas que incierta positivamente errónea era la suposición de que la Prusia pudiese proponer un desarme general; porque al negociar con otras potencias tal desarme había de dar la Prusia evidentemente el ejemplo, y en este caso era menester examinar si en su posición especial de única potencia basada sobre el servicio militar obligatorio, se hallaba en estado de efectuar el desarme.

Es seguramente muy extraño que no se ocurriese esta con-

sideración ni á la prensa ni al parlamento alemán; pero en cambio llamó mucho la atención del ya repetidas veces citado coronel francés Stoffel, que en 28 de febrero de 1870 redactó una memoria extensa por vía de ampliación de un informe suyo anterior del 23 de abril de 1868. En ella empieza por examinar la significación de la palabra *desarme*, que los alemanes traducían en dos sentidos, en el del desarme literal y en el del desarme del pié de guerra. Podría explicarse la voz de desarme de una manera aplicable á todos los países, y en este sentido dice el citado autor francés que el desarme consiste en una reducción del ejército efectivo que una potencia conserva para una guerra; de modo que el desarme parcial consistiría en que tal ó cual país redujese su ejército en cierta proporción, y el desarme total en que no enseñase ni ejercitase á nuevos soldados, limitándose al sos-



El conde Federico Fernando de Beust, canciller de Austria (copia de una fotografía de Bauer)

tén de una fuerza pública á manera de guardia civil para el servicio interior del país. Esto significaría la idea del desarme para países como Francia, Inglaterra, Italia, Rusia, etc.; porque estos países no podrían proceder á un desarme completo, sino parcial, reduciendo el número de quintos que cada año llaman á las banderas; y en aquellos países donde existe el servicio obligatorio general, como en Prusia y en la confederación del Norte de Alemania, se opondría á ello la ley. Esta ley fija en Prusia y en la confederación del Norte la duración del servicio militar general y obligatorio en doce años, á saber: tres años en las filas del ejército activo, cuatro años en la reserva del ejército activo y cinco años en la segunda reserva (*Landwehr*). Estos doce años de servicio dan una fuerza armada de 955,000 hombres (1). Este número inmenso no puede disminuirse sin suprimir la ley del servi-

(1) Esta cifra de 955,000 hombres se descompone como sigue:

Ejército activo ó de campaña:	3 contingentes anuales de reclutas . . .	315,000 hombres
	4 contingentes anuales de tropa enseñada que pasa á la reserva . . .	310,000 »
		625,000 hombres
Segunda reserva		330,000 »
		955,000 hombres